CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGA 6.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

D. LEANDRO FERNANDEZ MORATIN, de 1760-1828

PERSONAS.

DON MANUEL.	DOÑA LEONOR.	COSME.	UN LACAYO. / UN CRIADO. } *No hablan.*
DON GREGORIO.	JULIANA.	UN COMISARIO.	
DOÑA ROSA.	DON ENRIQUE.	UN ESCRIBANO.	

La accion empieza á las cinco de la tarde y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.—La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del Comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

GREGORIO. Y por último, señor D. Manuel, aunque V. es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de V. ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va lindamente con hacerlo así.

MANUEL. Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

GREGORIO. ¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

MANUEL. Mil gracias por la atencion, señor D. Gregorio.

GREGORIO. Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

MANUEL. Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

GREGORIO. En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

MANUEL. ¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me

culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... Pues qué, ¿la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un orígen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que...

GREGORIO. La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor, destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas, y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union, y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

MANUEL. Sí; pero me parece á mí...

GREGORIO. Lo que á mí me parece es que V. no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pizpireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalvetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio; yo veo los trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA. (*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de D. Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*) DON GREGORIO, DON MANUEL.

LEONOR. No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA. ¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

LEONOR. Mucha lástima tengo de tí.

ROSA. Milagro es que no me haya dejado debajo de llave ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA. Le echaria yo mas alto que...

GREGORIO. ¡Oiga! ¿Y adónde van Vds., niñas?

LEONOR. La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. D. Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

MANUEL. Sí por cierto: vamos allá.

LEONOR. Y mire V.: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla; con que, si V. quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

GREGORIO. (*A doña Leonor, á Juliana, á D. Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) V. puede irse á donde guste, V. puede ir con ella... Tal para cual. V. puede acompañarlas si lo tiene á bien, y V. á casa.

MANUEL. Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que...

GREGORIO. A mas ver. (*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.*)

MANUEL. La juventud necesita...

GREGORIO. La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

MANUEL. Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

GREGORIO. No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

MANUEL. Considera que...

GREGORIO. Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

MANUEL. Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA. (*Aparte.*) ¡Tuerto maldito!

ROSA. No creo que tiene V. motivo ninguno para...

GREGORIO. V. calle, señorita, que ya la esplicaré yo á V. si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga y la lleve y la traiga y la cuide.

LEONOR. Pero ¿qué quiere V. decir con eso?

GREGORIO. Señora doña Leonor, con V. no va nada. V. es una doncella muy prudente. No hablo con V.

LEONOR. Pero ¿piensa V. que mi hermana estará mal en mi compañía?

GREGORIO. ¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca á donde están los demás.*) No estará muy bien, no, señora; y hablando en plata, las visitas que V. la hace me agradan poco, y el mayor favor que V. puede hacerme, es el de no volver por acá.

LEONO. Mire V., señor D. Gregorio, usando con V. de la misma franqueza, le digo que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces y esa opresion en que V. la tiene.

JULIANA. Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mujeres! Pues qué ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa V. que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo

crea V.; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como V. y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

GREGORIO. Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

MANUEL. En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no le falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una mujer, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobraban los deseos.

GREGORIO. Todo eso que dices no vale nada. (*Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. D. Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.*)

MANUEL. Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero estoy bien léjos de tiranizarla: para ninguna cosa le daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla ajena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

GREGORIO. ¡Que blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame V. que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá V. sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

MANUEL. Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

GREGORIO. ¿Por qué?

MANUEL. Sí.

GREGORIO. No sé. Si V. no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

MANUEL. ¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

GREGORIO. ¡Calle! ¿Con que si V. se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

MANUEL. ¿Y por qué no?

GREGORIO. ¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y...

MANUEL. Sin duda.

GREGORIO. ¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio, y...

MANUEL. Cuando ella quiera.

GREGORIO. ¿Y tendrá V. conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

MANUEL. Preciso.

GREGORIO. ¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

MANUEL. Si no es sorda.

GREGORIO. ¿Y V. callará á todo y lo verá con ánimo tranquilo?

MANUEL. Pues ya se supone.

GREGORIO. Quítate de ahí, que eres un viejo loco... Vaya V. adentro, niña; V. no debe asistir á pláticas tan indecentes. (*Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico por el teatro.*)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

MANUEL. Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

GREGORIO. ¡Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le...

MANUEL. ¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

GREGORIO. ¡Qué gusto ha de ser para mí!

MANUEL. Yo ignoro cuál será mi suerte; pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

GREGORIO. Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

LEONOR. Yo le aseguro del peligro con que V. le amenaza, señor D. Gregorio, y desprecio la infame sospecha que V. se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si V. hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA. Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como V., pan bendito.

GREGORIO. Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

MANUEL. Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

LEONOR. Pero ¿no irá V. por mí?

MANUEL. ¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de hu-

mor, y en que esto de encerrar á las mujeres es mucho desatino. Soy criado de V. (*D. Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.*)

GREGORIO. Yo no soy criado de V. Vaya V. con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y mujer de mundo; unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME. (*Salen los dos de la casa de Don Enrique y observan á Don Gregorio, que estará distante.*) DON GREGORIO.

COSME. ¿Es él?

ENRIQUE. Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

GREGORIO. Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres?...

ENRIQUE. Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él y ver si logro de alguna manera introducirme.

GREGORIO. En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua, (*Se acerca un poco D. Enrique por el lado derecho de D. Gregorio, y le hace cortesía.*) no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinaje y...

ENRIQUE. Pero ¿este hombre no ve?

COSME. ¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro. (*Hace que don Enrique pase por detrás de D. Gregorio al lado opuesto.*)

GREGORIO. No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la córte no pudiera menos de... (*Estornuda y se suena.*)

ENRIQUE. No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

GREGORIO. ¿Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME. Acérquese V.

GREGORIO. ¿Quién va? (*Vuelve por el lado derecho, se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera repara en don Enrique, què le hace cortesías con el sombrero. D Gregorio se aparta, y D. Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME. Animo.

GREGORIO. Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

ENRIQUE. Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á V. de sus meditaciones.

GREGORIO. En efecto.

ENRIQUE. Pero la oportunidad de conocer á V., que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

GREGORIO. Bien.

ENRIQUE. Y de manifestarle á V. con la mayor sinceridad cuánto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

GREGORIO. Lo estimo.

ENRIQUE. Tengo la dicha de ser vecino de V., en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

GREGORIO. Muy bien.

ENRIQUE. ¿Y sabe V. las noticias que hoy tenemos? En la córte aseguran como cosa muy positiva...

GREGORIO. ¿Qué me importa?

ENRIQUE. Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

GREGORIO. ¡Eh!

ENRIQUE. Realmente (*Despues de una larga pausa prosigue D. Enrique. Se para, deseando que D. Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y V. ¿en qué pasa el tiempo?

GREGORIO. En mis negocios.

ENRIQUE. Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace V.?

GREGORIO. Lo que me da la gana.

ENRIQUE. Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de V. en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si V. no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á casa de V., y...

GREGORIO. Agur. (*Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

ENRIQUE. ¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves que hombre este?

COSME. Asperillo es de condicion y amargo de respuestas.

ENRIQUE. ¡Ah! ¡Yo me desespero!

COSME. ¿Y por qué?

ENRIQUE. ¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME. Auto en favor. Eso que á V. le apesadumbra debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa V., señor D. Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una mujer á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su mujer, la martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tí-

mido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame V.: la aspereza del consabido tutor le facilitará á V. los medios de enamorar á la pupila.

ENRIQUE. ¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que ya hace tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la córte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME. Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que V. pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

ENRIQUE. ¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME. ¿De suerte, que ella todavía no sabe que V. la quiere?

ENRIQUE. No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á S. Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo léjos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME. A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

ENRIQUE. No sé qué hacer para salir de esta inquietud y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME. Sí, discurramos.

ENRIQUE. A ver si se puede...

COSME. Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

ENRIQUE. Pues ¿qué importa que?...

COSME. No ve V. que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, á casa... Y despacito, como que...

ENRIQUE. Sí, dices bien. (*Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de D. Enrique.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA I.

DON MANUEL.

(*Sale por una de las calles, llega á su casa y tira de la campanilla. Despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.*)

MANUEL. Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Salen los dos de casa de D. Gregorio.*)

GREGORIO. Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quién es el sugeto. (*Se aparta un poco de doña Rosa y vuelve despues.*)

ROSA. ¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

GREGORIO. ¿No dices que has oido que se llama D. Enrique?

ROSA. Sí, D. Enrique.

GREGORIO. Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso. (*Vuelve á apartarse y se queda pensativo. Entretanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. D. Gregorio llama á la de D. Enrique.*)

ROSA. Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

GREGORIO. No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

GREGORIO. Qué bruto de... (*Al salir Cosme da un gran tropezon con D. Gregorio.*) ¡No ve V. qué modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro! (*Mientras D. Gregorio busca y limpia el sombrero, que ha caido por el suelo, sale D. Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á D. Gregorio.*)

ENRIQUE. Caballero, siento mucho que...

GREGORIO. ¡Ah! precisamente es V. el que busco.

ENRIQUE. ¿A mí, señor?

GREGORIO. Sí por cierto... ¿No se llama V. D. Enrique?

ENRIQUE. Para servir á V.

GREGORIO. Para servir á Dios... Pues, señor, si V. lo permite, yo tengo que hablarle.

ENRIQUE. ¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á V. en algo?

GREGORIO. No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle á V. un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

ENRIQUE. ¿Y V. venia á mi casa con este intento?

GREGORIO. Sí, señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

ENRIQUE. ¿Pues no quiere V. que me admire, y que envanecido con el honor de que?...

GREGORIO. Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

ENRIQUE. Pero tómese V. la molestia de pasar adelante.

GREGORIO. No hay para qué.

ENRIQUE. Sí, sí, V. me hará este favor.

GREGORIO. No por cierto. Aquí estoy muy bien.

ENRIQUE. ¡Oh! No es cortesía permitir que V...

GREGORIO. Pues yo le digo á V. que no quiero moverme.

ENRIQUE. Será lo que V. guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino. (*Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; despues se detiene dudando lo que ha de hacer.*)

GREGORIO. Pero si de pié le puedo á V. decir lo que...

ENRIQUE. ¿De pié? ¡Oh! no se trate de eso.

GREGORIO. ¡Vaya que el hombre me mortifica en forma!

COSME. ¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

GREGORIO. No le traiga V.

ENRIQUE. Pero seria una desatencion indisculpable...

GREGORIO. Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con V.

ENRIQUE. Ya oigo. (*D. Enrique hace ademan de ponerse el sombrero; pero al ver que D. Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto y le hace insinuaciones de que se le ponga primero. D. Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.*)

GREGORIO. Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere V. oirme?

ENRIQUE. Sí por cierto, con muchísimo gusto.

GREGORIO. Dígame V... ¿Sabe V. que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

ENRIQUE. Sí, señor.

GREGORIO. Pues bien; si V. lo sabe, no hay para qué decírselo... ¿Y sabe V. que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

ENRIQUE. No sabia eso. (*Con sorpresa y sentimiento.*)

GREGORIO. Pues yo se lo digo á V. Y además le digo, que si V. gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

ENRIQUE. ¿Quién?... ¿Yo, señor?

GREGORIO. Sí, V. No andemos ahora con disimulos.

ENRIQUE. Pero ¿quién le ha dicho á V. que yo esté enamorado de esa señorita?

GREGORIO. Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

ENRIQUE. Pero repito que...

GREGORIO. ¡Dale!... Ella misma.

ENRIQUE. ¿Ella? (*Se admira y manifiesta particular interés en saber lo restante.*)

GREGORIO. Ella. ¿No le parece á V. que basta? Como es una muchacha muy honrada y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á V. que ha entendido muy bien lo que V. quiere decirla con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de V.; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que V. se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

ENRIQUE. ¿Y dice V. que es ella misma la que le ha encargado?...

GREGORIO. Sí, señor, ella misma, la que me hace venir á darle á V. este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de V., le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa V. que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene V. un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miradas hácia otra parte. Adios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á V. (*Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.*)

ENRIQUE. Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME. Que no le debe dar á V. pesadumbre, que alguna maraña hay oculta, y sobre todo, que no desprecia su obsequio de V. la que le envia ese recado.

GREGORIO. Se ve que le ha hecho efecto.

ENRIQUE. ¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME. Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándolos. (*Los dos se entran en la casa de D. Enrique. D. Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

GREGORIO. Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida. (*Mientras D. Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto; él por último se encamina á su casa y le sorprende hallar á doña Rosa.*)

ROSA. Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

GREGORIO. Vamos á verla y á contarla... ¡Calle! Qué ¿estabas aquí? Ya despaché mi comision.

ROSA. Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

GREGORIO. Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

ROSA. ¿Eso dice V.? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

GREGORIO. Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

ROSA. Apenas habia V. salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí; pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro, temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire, que me pasó muy cerca de este hombro y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿qué le parece á V. que era?

GREGORIO. ¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco ó algun troncho, ú así...

ROSA. No, señor. Era este envoltorio de papel. (*Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á D. Gregorio la caja y la carta.*)

GREGORIO. ¡Calle!

ROSA. Y dentro esta caja de oro.

GREGORIO. ¡Oiga!

ROSA. Y dentro esta carta dobladita como V. la vé, con su sobrescrito y su sello de lacre verde, y...

GREGORIO. ¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

ROSA. El muchacho desapareció al instante... Mire V., el corazon le tengo tan oprimido, que...

GREGORIO. Bien te lo creo.

ROSA. Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la

caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que V. mismo...

GREGORIO. Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

ROSA. Pues tome V. (*Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. D. Gregorio lee el sobrescrito y hace ademan de ir á abrir la carta ; Doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*)

GREGORIO. *A mi señora Doña Rosa Jimenez.—Enrique de Cárdenas.*—¡Temerario , seductor! Veamos lo que te escribe, y...

ROSA. ¡Ay! No por cierto: no la abra V.

GREGORIO. ¿Y qué importa?

ROSA. ¿Quiere V. que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

GREGORIO. Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado y vuelve despues á hablar muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja , la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

ROSA. Pero si V. tiene gusto de leerla...

GREGORIO. No, nada de eso.

ROSA. Léala V. si quiere, como no la oiga yo.

GREGORIO. No, no, señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... ¿Eh? Adios.

ROSA. Venga V. pronto. (*Se entra doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO , COSME.

GREGORIO. El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡ Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No , señor , las mujeres son lo que se quiere que sean. (*Va á casa de D. Enrique, y llama. Al salir Cosme , desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos , y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME. ¿Quién es? ¡Oh! señor don...

GREGORIO. Tome V., dígale V. á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él .. Mire V., cerrada viene. Dígale V. que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE , COSME.

ENRIQUE. ¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME. Esta caja con esta carta , que dice que V. ha enviado á doña Rosita... (*D. Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

ENRIQUE. ¡Yo!

COSME. La cual doña Rosita se ha irritado tanto , segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á V. sin haberla querido abrir... Lea V. pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

ENRIQUE. «Esta carta le sorprenderá á V. sin duda. El designio de escribírsela y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos ; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de V. el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea V. que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz ; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en V., las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinacion... En V. consiste que yo pueda cuanto antes llamarme suya ; pues solo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. Adios, y considere V. que el tiempo vuela, y que dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse. »

COSME. ¿No le parece á V. que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor ?

ENRIQUE. ¡Esta mujer es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecen la que yo la tengo ; (*D. Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Despues se acerca.*) y unido todo á la juventud , á las gracias y la hermosura...

COSME. Que viene el tuerto. Discurra V. lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

DON GREGORIO, DON ENRIQUE , COSME.

GREGORIO. Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame V. , caballerito, ¿ volverá V. á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? V. pensaba encontrar una niña alegre , amiga de cuchicheos y citas y quebraderos de cabeza. Pues ya ve V. el chasco que le ha sucedido... Créame , señor vecino , déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere , tiene muchísimo juicio, á V. no le puede ver ni pintado ; con que lo mejor es una buena retirada , y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

ENRIQUE. Es verdad , su mérito de V. es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á V. por competidor.

GREGORIO. ¡Ya se vé que era una locura!

ENRIQUE. ¡Oh! yo le aseguro á V. que si hubiese llegado á presumir que V. era ya dueño de aquel corazon , nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

GREGORIO. Yo lo creo.

ENRIQUE. Acabó mi esperanza, y renuncio á una felicidad que, estando V. de por medio, no es para mí.

GREGORIO. En lo cual hace V. muy bien.

ENRIQUE. Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á V., ¿cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

GREGORIO. V. dice bien.

ENRIQUE. No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con V. un amante infeliz, (*D. Enrique dará particular espresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que D. Gregorio las perciba bien y acierte á repetirlas*) de cuya afliccion es V. la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita, que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando, es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

GREGORIO. Sí, bien está: se lo diré.

ENRIQUE. Que como era tan voluntaria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud, si el cariño que á V. le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

GREGORIO. Bien, se lo diré lo mismo que V. me lo dice.

ENRIQUE. Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras que dure la vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de V., no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

GREGORIO. V. habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto V. me encarga... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero créame V., D. Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡Qué diantre! V. es mozo y sugeto de circunstancias, con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... ¡Eh! Adios. (*Se aparta de ellos, encaminándose á su casa. D. Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

COSME. ¡Qué necio es! (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DON GREGORIO *llama á su puerta, y sale* DOÑA ROSA.

GREGORIO. Es increible la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su eleccion es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo cuánto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba el oirle... Con que, y tú ¿qué dices á eso?

ROSA. Que no puedo sufrir que V. hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon, y que si V. me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

GREGORIO. Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

ROSA. ¿Y le parece á V. honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto y aspira á casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de V., como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

GREGORIO. ¡Oiga! Con que...

ROSA. Sí, señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto... Yo no sé quién le da noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho que V. pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡Tiemblo de horror!

GREGORIO. Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

ROSA. Sí, ¡como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion!... ¡Válgame Dios! ¿Y V. le disculpa?

GREGORIO. No por cierto; si él ha dicho eso, realmente procede mal, y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quién te ha venido á contar á tí esas?...

ROSA. Ahora mismo acabo de saberlo.

GREGORIO. ¿Ahora?

ROSA. Sí, señor, despues que V. le volvió la carta.

GREGORIO. Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de D. Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

ROSA. Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré, me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese V., bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: Señorita, mi amo sabe que vive V. cautiva en poder de ese bruto, que se quiere casar con V. en esta semana próxima. No tiene V. que desconsolarse; D. Enrique la adora á V., y es imposible que V. desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva V. prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á V. en una casa de satisfaccion, y... Yo no quise oir mas, me subí muy queditito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

GREGORIO. Ese era el bribon del lacayo.

ROSA. A la cuenta.

GREGORIO. Pero se vé que este hombre es loco.

ROSA. No tanto como á V. le parece. Mire V. si sabe disimular el traidor y fingir delante de V. para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

GREGORIO. Vaya, vamos, no temas nada, que...

ROSA. No; esto pide una buena resolucion. Es menester que V. le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

GREGORIO. Bien; pero no te desconsueles así, mujercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

ROSA. Dígale V., si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á V. esta noticia; que son vanos sus propósitos; que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de V. le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

GREGORIO. ¡Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

ROSA. Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

GREGORIO. No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

ROSA. Pues bien. Mire V. que le aguardo con impaciencia; despáchese V. á venir. Cuando no le veo á V., aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

GREGORIO. Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... ¡Ay! ¡qué ojos!... ¡Eh! Adios... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo; no puede haberle... (*Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría, despues llama á la puerta de D. Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá V. oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

ENRIQUE. ¡Oh! señor vecino, ¿qué novedad le trae á V. á mis puertas?

GREGORIO. Sus estravagancias de V.

ENRIQUE. ¿Cómo así?

GREGORIO. Bien sabe V. lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que V. fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto V., con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que V. hace sin saltar de cólera? ¿No tiene V. vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una mujer honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? ¡Eh! que eso es indigno.

ENRIQUE. ¿Y quién le ha dado á V. noticias tan ajenas de verdad, señor D. Gregorio?

GREGORIO. Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á V. que su eleccion es irrevocable, que sus planes de V. la ofenden, la horrorizan, que si no quiere V. dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo. (*Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.*)

ENRIQUE. Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

GREGORIO. ¿Con que V. duda que sea verdad?

ENRIQUE. ¿Qué quiere V., señor D. Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

GREGORIO. Venga V. conmigo. (*Hasta el fin de la escena va y viene D. Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras á donde está D. Enrique, para que le siga.*)

ENRIQUE. Porque al fin, como V. tiene tanto interés en que me desespere y...

GREGORIO. Venga V., venga V... ¡Rosa!

ENRIQUE. No es decir esto que V....

GREGORIO. Nada. No hay que disputar. Si quiero que V. se desengañe... ¡Rosita! ¡Niña!

ENRIQUE. ¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

GREGORIO. V. lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, DON GREGORIO, COSME.

ROSA. ¿Qué es esto?... (*Sorprendida al ver á don Enrique.*) ¿Viene V. á interceder por él, á recomendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

GREGORIO. No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

ROSA. Pues ¿no le he manifestado á V. ya cuál es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

ENRIQUE. Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de V., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que V. le pronuncie delante de mí.

ROSA. Cuanto el señor le ha dicho á V. ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á V. los íntimos afectos de mi corazon.

GREGORIO. ¿Lo ve V.?

ROSA. Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

GREGORIO. ¿Lo vé V.?

ROSA. Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

GREGORIO. ¿Lo vé V.?... Sí, monita, sí; yo cuidaré de cumplir tus deseos.

ROSA. No hay otro medio de que yo viva contenta. (*Manifiesta en la espresion de sus palabras que las dirige á D. Enrique, y en sus acciones que habla con D. Gregorio.*)

GREGORIO. Dentro de muy poco lo estarás.

ROSA. Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad...

GREGORIO. No hay mal en eso.

ROSA. Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

GREGORIO. Sí, pobrecita mia... Sí, morenilla de mi alma.

ROSA Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un

amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

GREGORIO. Ven aquí, perlita; (*Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda, y D. Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente y se retira al instante.*) consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties; calla, que... Amigo, (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á D. Enrique.*) ya lo vé V. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

ENRIQUE. Bien está, señora; V. se ha esplicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

ROSA. No puede V. hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

GREGORIO. Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

ROSA. ¿Le ofendo á V. en decir esto?

GREGORIO. No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan escesiva...

ROSA. Por mucha que se la manifieste, mayor se la tengo.

ENRIQUE. V. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de V. una persona que tanto la ofende.

ROSA. Vaya V. con Dios, y cumpla su palabra.

GREGORIO. Señor vecino, yo lo siento de veras y no quisiera haberle dado á V. este mal rato; pero...

ENRIQUE. No, no crea V. que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de V.

GREGORIO. Vaya V. con Dios.

ENRIQUE. Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa. (*Retirándose hácia su casa, entran en ella los dos y se cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

GREGORIO. De veras te digo que este hombre me da compasion.

ROSA. Ande V., que no merece tanta como V. piensa.

GREGORIO. Por lo demás, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece... Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

ROSA. ¿Mañana? (*Turbada.*)

GREGORIO. Sin falta ninguna... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

ROSA. Pero...

GREGORIO. Sí, amiguita, mañana serás mi mujer. Ahora mismo voy, antes que oscurezca, aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. Adios, hechicera. (*D. Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.*)

ROSA. ¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los dos anteriores.

ESCENA I.

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.*)

ROSA. No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á D. Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... (*D. Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana; se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.*) Vamos; pero... Gente viene... Y es él... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

GREGORIO. ¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es esta?

ROSA. ¿Qué le diré?

GREGORIO. ¿Qué haces aquí, niña?

ROSA. V. lo estrañará. (*Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.*)

GREGORIO. ¿Pues no he de estrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

ROSA. Estoy tan confusa y...

GREGORIO. Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

ROSA. Se enfadará V. si le digo...

GREGORIO. No me enfadaré. Dilo presto... Vamos.

ROSA. Sí, precisamente se va V. á enojar; pero... Pues tenemos una huéspeda.

GREGORIO. ¿Quién?

ROSA. Mi hermana.

GREGORIO. ¿Cómo?

ROSA. Sí, señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... Como es una mujer de tanto juicio, y...

GREGORIO. Pero ¿qué enredo es este, señor, que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

ROSA. Ha venido... Mire V., le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar V., ¿no?

GREGORIO. ¡Dale!... ¿Lo quieres decir ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

ROSA. Yo se lo diré á V... Mi hermana está enamorada de D. Enrique.

GREGORIO. ¿Ahora tenemos eso?

ROSA. Sí, señor. Hace mas de un año que se quieren, y cuasi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente D. Enri-

que, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de D. Manuel.

GREGORIO. Pero este D. Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

ROSA. Yo le diré á V. Continuaron estos amores hasta que D. Enrique, celoso de un D. Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de Guerra, con quien la vió una tarde en el jardin Botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas; y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente además pagar con celos que él la diese los que le habia causado el tal D. Antonio, y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de D. Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á V. lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demás para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera V. hecho en este apuro? ¿No hubiera V. hecho lo mismo?

GREGORIO. Con que... Adelante.

ROSA. Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso D. Enrique, por medio de V., cuanto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo la aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; V. no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á V. aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe V.; pero falta decirle que así que V. me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á V. la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto, que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

GREGORIO. ¡Picarona! ¡enredadora! ¡desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

ROSA. Amenazarla de que V. y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

GREGORIO. ¿Y ella?

ROSA. Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á V., ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

GREGORIO. Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos. (*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

ROSA. No, señor, por Dios, no entre V. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que D. Manuel estrañe ahora su vuelta. (*Hace que se va hácia su casa, y vuelve.*)

GREGORIO. Muy bien; aquí espero á que salga.

ROSA. Pero no se descubra V., no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á V., seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retírese V. y no trate de molestarla.

GREGORIO. ¡Marta la piadosa!... Cierto que merece ella toda esa caridad.

ROSA. Es mi hermana.

GREGORIO. ¡Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana!... Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

ROSA. Yo creo que sí.

GREGORIO. Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

ROSA. No será menester. Voy allá... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero repito que no se descubra V., ni la hostigue, ni...

GREGORIO. Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

ROSA. (*Se encamina hácia su casa y vuelve.*) ¡Ah! mire V. Así que ella salga, éntrese V. y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

GREGORIO. Pero ¿qué sientes?

ROSA. ¿Qué sé yo? ¿Le parece á V. que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... Buenas noches.

GREGORIO. Adios, Rosita... Pero mira que si no sale...

ROSA. Yo le aseguro á V. que saldrá. (*Entrase dejando entornada la puerta. D. Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.*)

GREGORIO. Y á todo ésto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! ¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja la niña bien criada. (*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

ROSA. No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he

dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

GREGORIO. En efecto la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su casa con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra D. Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y adonde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

ENRIQUE. ¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME. Sí, señor.

ENRIQUE. Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche. (*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME. ¡Noche toledana!

ENRIQUE. Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices. (*Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de D. Manuel; D. Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

ROSA. Él se acerca á la puerta de D. Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. D. Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

ENRIQUE. ¿Quién es?

ROSA. Yo.

ENRIQUE. ¿Doña Rosita?

ROSA. Yo soy.

ENRIQUE. A mi casa.

ROSA. Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

ENRIQUE. La que debe esperar de un hombre de honor.

ROSA. Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

ENRIQUE. Está V. conmigo... Pasará V. la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez, y á él, á D. Manuel, á su tutor de V. y á todo el mundo, les diré que es V. mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga V. (*Cosme abre la puerta de la casa de D. Enrique.*)

ROSA. Allí está.

ENRIQUE. Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

ROSA. Allí, allí.

ENRIQUE. Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro. (*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.*)

GREGORIO. Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... (*Se encamina á casa de D. Manuel; despues se detiene.*) No, el asunto es sério, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario... (*Va á casa del comisario y llama.*)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(*Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*)

COMISARIO. ¿Quién anda ahí?

GREGORIO. ¡Ah! ¿No es V. el señor comisario del cuartel?

COMISARIO. Servidor de V.

GREGORIO. Pues, señor... Oiga V. aparte... (*Se aparta con el comisario á poca distancia de los demás.*) Su presencia de V. es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce V. á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de en frente?

COMISARIO. Sí, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un D. Manuel de Velasco.

GREGORIO. Hermano mio.

COMISARIO. ¡Oiga! ¿Es V. su hermano?

GREGORIO. Para servir á V.

COMISARIO. Para hacerme favor.

GREGORIO. Pues el caso es que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO. ¡Calle! D. Enrique de Cárdenas; le conozco mucho.

GREGORIO. Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya V. conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO. Sí... En efecto.

GREGORIO. Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio; pero no ignora V. de lo que sirven estos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me esplico?

COMISARIO. Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

GREGORIO. Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya vé V.

COMISARIO. Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil. (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el escribano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy oficioso.*) Es escribano...

ESCRIBANO. Escribano real.

GREGORIO. Ya.

ESCRIBANO. Y antiguo.

GREGORIO. Mejor.

ESCRIBANO. Mucha práctica de tribunales.

GREGORIO. Bueno.

ESCRIBANO. Conocido en testamentarías, subastas, inventarios, despojos, secuestros y...

GREGORIO. No, ahí no hallará V. cosa en qué poder...

ESCRIBANO. Y muy hombre de bien.

GREGORIO. Por supuesto.

ESCRIBANO. Es que...

COMISARIO. Vamos, D. Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

GREGORIO. Yo aquí espero.

COMISARIO. Muy bien. (*Llama el criado á la puerta de D. Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

GREGORIO. Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... (*Llama en casa de D. Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y D. Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha importancia... ¡Bendito Dios! ¡En qué han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si... Majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡Oh, señor hermano! (*D. Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.*)

MANUEL. Pero ¿qué estravagancia es esta? ¿Por qué no subes?

GREGORIO. Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

MANUEL. (*Adelantándose hácia donde está D. Gregorio.*) Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

GREGORIO. Vengo á darte muy buenas noticias.

MANUEL. ¿De qué?

GREGORIO. Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Díme: mi señora doña Leonor ¿en dónde está?

MANUEL. ¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine, porque tenia una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿á qué viene esa pregunta?

GREGORIO. ¡Eh! Así, por hablar algo...

MANUEL. Pero ¿qué quieres decirme?

GREGORIO. Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razon) de que las mujeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se vé! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

MANUEL. Te aseguro que no comprendo á qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

GREGORIO. Anda, necio, que bien merecido te está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes, y la otra, como una mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

MANUEL. Si no me declaras el misterio, dígote que...

GREGORIO. El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

MANUEL. ¿Dices que Leonor?...

GREGORIO. Sí, señor, la misma.

MANUEL. Vaya, déjate de chanzas, y no me...

GREGORIO. ¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole á V., señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

MANUEL. Pero es una cosa tan ajena de verosimilitud...

GREGORIO. ¡Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Cómo me repudre la sangre!... Amigo, dígote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto. (*Señalándose con el dedo en la frente.*)

MANUEL. Ello es que tú te persuades á que...

GREGORIO. Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa... Ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos. (*Se encamina á casa de D. Enrique, y despues vuelve.*)

MANUEL. ¡Haber cometido tal esceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

GREGORIO. Ya temia yo que no habia de ser creido y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa mujer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

MANUEL. ¿Eso hay?

GREGORIO. ¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él... Digo, á no ser que V. halle en sus libros algun testo oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz y casarse con ella... ¿Eh?

MANUEL. ¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á...

GREGORIO. ¡Qué terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente. (*Se encamina con su hermano hácia la casa de D. Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena tercera.*)

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, DON GREGORIO, DON MANUEL.

COMISARIO. Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

GREGORIO. ¿Qué te parece?

MANUEL. (*Reprimiéndose.*) ¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

GREGORIO. Pues, señor, que se casen.

COMISARIO. Diré á V., señor D. Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi mujer y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos, con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si V. permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he

querido avisarle á V., para saber si gusta de ello ó tiene alguna dificultad.

MANUEL. Ninguna... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO. Volveré con ella muy pronto. (*Se entra con el criado en casa de D. Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

GREGORIO. No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho, que la toma en depósito de manos de su amante, para entregársela despues tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya... No puede ser.

MANUEL. No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieren sobrevenir, y has hecho muy bien. Yo la recibo por la misma razon; para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder comparado al suyo... Pero... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

GREGORIO. Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de D. Enrique, al volverse D. Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

MANUEL. ¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

MANUEL. Leonor, no temas ningun esceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo al esposo que has querido elegir.

LEONOR. Yo no entiendo, señor D. Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa, qué agravio, qué esposo es ese de quien V. me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de V., mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

MANUEL. (*Volviéndose á D. Gregorio.*) ¿Oyes lo que dice?

GREGORIO. Ya se vé que lo oigo... (*Acercándose á doña Leonor.*) Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras... ¿De dónde vienes, hija?

LEONOR. De casa de doña Beatriz.

GREGORIO. ¿Ahora vienes de allí, cordera?

LEONOR. Ahora mismo... ¿No vé V. á Pepe, que nos ha venido á acompañar?

GREGORIO. ¿Y no sales de casa de D. Enrique?

LEONOR. ¿De quien? ¿De ese que vive aquí en?... ¡Eh! no por cierto.

GREGORIO. ¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

LEONOR. Me hace reir... ¿Ves que desatino, Juliana?

GREGORIO. ¿Y no estais enamorados mucho tiempo há?

LEONOR. Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

GREGORIO. ¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿y no te ví yo?

LEONOR. Esto pasa de chanza. V. no sabe lo que se dice... (*Asiendo del brazo á D. Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa, D. Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia; vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(*El criado saldrá con la linterna. La luz del teatro se duplica.*)

ROSA. ¡Leonor!... ¡Hermana!... (*Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.*)

GREGORIO. ¡Huf!... (*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

ROSA. Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mi engaño. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

LEONOR. Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece desacertada; repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

ROSA. Cuanto digas es cierto, pero... (*Volviéndose á don Gregorio, que permanece absorto y sin movimiento.*) V. ha sido la causa de tanto error, V... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, sino estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversion que V. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices... Tal vez V. me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera V. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

ENRIQUE. Dice bien, y V. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

MANUEL. (*Acercándose á D. Gregorio.*) Esto pide resignacion, hermano... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

LEONOR. Y hará muy mal en no conformarse, porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA. Y conocerá que á las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME. (*Hablando con Juliana.*) Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

GREGORIO. (*No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su espresion.*) No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡Ah! ¡Desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicia y picardías. Sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre la detesto y la maldigo, y la doy al demonio, si quiere llevársela. (*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. D. Manuel quiere contenerle; él le aparta, entra en su casa y cierra por dentro.*)

MANUEL. No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

ROSA. ¿La mia no mas?

MANUEL. Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creida, no seria D. Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

LEONOR. Hoy es dia de perdonar.

ROSA. Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

LEONOR. Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

MANUEL. ¡Querida Leonor! (*Se abrazan D. Manuel y doña Leonor.*)

JULIANA. ¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

FIN.

3 0112 127850151

MUSEO DRAMÁTICO ILUSTRADO.

COLECCION

DE

OBRAS ESCÉNICAS ESCOGIDAS,

escritas por los principales autores antiguos y modernos, nacionales y estranjeros.

BASES DE LA PUBLICACION.

El **Museo dramático ilustrado** se publica por entregas en fóleo menor, impresas en buen papel y con tipos claros y compactos.

Cada entrega contiene una obra completa y va ilustrada con una hermosa lámina, representando una de las principales escenas de aquella, primorosamente dibujada y grabada en boj por los mejores artistas.

Cada entrega **sea cual fuere el número de actos** de la obra que contenga, solo cuesta en toda España **un real.**

Se publican semanalmente una ó dos entregas, formando todos los meses una serie, que se vende suelta al precio de **6 reales.**

Cada semestre se repartirá **gratis** á los suscritores una elegante portada, índice y cubierta para la encuadernacion por tomos.

Para formar concepto exacto de las ventajas de esta publicacion, basta considerar que por **solos 72 reales,** satisfechos por el suscritor de un modo insensible, podrán adquirirse cada año producciones dramáticas escogidas cuyo valor en otras ediciones sin láminas no bajaria por término medio de **500 reales.**

Primera série.

¡Por un hermano! *comedia en tres actos.*
El Diamante, *drama en tres actos.*
¡Un Sonámbulo! *pieza en un acto.*
La Batalla de damas, *comedia en tres actos.*
La Capa de José, *pieza en un acto.*
La Escuela de los Maridos, *en tres actos.*

Segunda série.

La Pastora de los Alpes, *drama en cinco actos.*
Esperando el bolsillo, *comedia en un acto.*
La vida es sueño, *comedia en tres jornadas.*
Un minuto mas tarde, *pieza en un acto.*
El Guante y el Abanico, *comedia en tres actos.*
El uno para el otro, *juguete en un acto.*

SE SUSCRIBE

en las librerías de Lopez y Saurí, calle Ancha: Ginesta, Jaime I: Puig, Plaza Nueva: Manero, Rambla de Sta. Mónica: Española y Plus Ultra, Id. del Centro: Roca, Id. de S. José: Barau, Plaza del Teatro: Oliveres, calle de Escudellers: Sala, Union: Mayol, Fernando VII: Cerdá, Platería: Bastinos y Miralles, Boquería: Mañá, Fuente de S. Miguel: Niubó, Espasería, y Pujals, Platería.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á los Sres. Vidal y C.ª, calle de Gobernador, núm. 14, Barcelona.

Imprenta de Narciso Ramirez, pasaje de Escudellers, núm. 4.